

FLAVIO. (ENSAYO DE NOVELA): REFLEJO DE UNA EDAD CONFLICTIVA

ESTRELLA BUSTO OGDEN

Vilanova University

Hoy no nos sorprende que la poesía de Rosalía de Castro pasara por inadvertida durante un largo tiempo, ya que el desnudo lirismo y la honda y desolada emoción de sus versos estaba condenada al fracaso en una época en que triunfaba el prosaísmo burgués de Don Ramón de Campoamor y el retoricismo didáctico de Gaspar Núñez de Arce. Rosalía, que de inadvertida pasa a ser considerada como la mejor poetisa de la literatura española, huye de las formas estróficas tradicionales y de la grandilocuencia de la poesía romántica, estando su mayor originalidad estilística en el terreno de lo musical, donde utiliza toda una serie de nuevos ritmos más flexibles y armoniosos que los habituales de su tiempo. Estas formas, que no fueron aceptadas de principio, hoy están reconocidas como precedentes de la poesía española de nuestro siglo. A Rosalía le toca vivir una edad conflictiva tanto en el orden literario como en el político o en el social, época de acontecimientos importantes que influyen en la trayectoria intelectual, ideológica y estética de su obra.

En el orden literario o intelectual debemos recordar que Rosalía nace en 1837, el mismo año en que muere, en Madrid, Larra, acontecimiento que a su vez da a conocer a Zorrilla en los círculos literarios españoles. Zorrilla, el poeta español romántico por excelencia escribe una poesía que, si bien produce prodigiosos efectos de sonoridad y de ritmo, no pasa de ser una simple recolección de palabras sonoras que en el fondo no dicen nada.

La segunda mitad del siglo XIX presencia el desarrollo de una serie de tendencias o corrientes entre las que se destaca, especialmente en el campo de la narrativa, el realismo. Con el realismo se abandona el culto a lo pintoresco, lo fantástico, lo ideal, para ceder el paso a la anécdota de la vida cotidiana y vulgar. Las preocupaciones económicas, sociales, e ideológicas y el deseo de absoluta objetividad producen en el campo de la poesía de esta época un verso que se conforma con dar a la expresión un tono de llaneza prosaica. Así, los poetas de la Restauración, con excepción de Rosalía, reflejan en una u otra forma el espíritu de esta fase.

En el orden ideológico y político se producen una serie de sublevaciones y conspiraciones por todo el país. Es un período de anarquía y alzamientos entre los que puede incluirse el levantamiento de Galicia en 1846, determinado por diversas aspiraciones y más de una causa ideológica. Como siempre sucede en todas las luchas que implican derramamientos de sangre, el fracaso de la liberación política resulta en un

renacimiento literario que se caracteriza en el siglo XIX español por el toque de resentimiento que refleja la literatura de la época (1).

En el terreno de lo social, a mediados del siglo XIX se produce un cambio en la vida española, una orientación distinta que, junto con la represión política, promueve el desarrollo de una burguesía más preocupada por las realidades prácticas que por los ideales de tipo romántico. Se trata de reaccionar contra el desorden romántico con una actitud moralizadora pero a la sociedad de este tiempo le falta la verdadera motivación para poner en práctica una conducta de principios elevados. Así se produce, pues, la pérdida progresiva del idealismo romántico y se adopta una actitud práctica que lleva al hombre de la segunda mitad del siglo XIX a desarrollar un espíritu burgués que amenaza la propia existencia de la poesía.

Como es de esperarse, en esta época de estancamiento lírico y pobre en sensibilidad espiritual, la poesía, y especialmente una poesía como la de Rosalía, no encontraba ambiente propicio para desarrollarse ni otra alternativa que el silencio o el aislamiento. Rosalía, que sufrió en su propia carne por su doble condición de poetisa y de mujer se plantea el conflicto entre el deseo y la realidad histórica tratando de encontrar un balance entre las obligaciones sociales y sus propios impulsos poéticos pero llega a la conclusión de que en materia de poesía no caben los compromisos y se impone la necesidad de mantenerse fiel a los ideales poéticos por alto que sea el precio exigido por las musas. Estos conflictos aparecen claramente expuestos en su novela *Flavio (Ensayo de novela)* que, desde este punto de vista, puede ser interpretada no ya como ensayo de novela sino como ensayo de estética.

Flavio, el protagonista, encarna el ideal poético de la autora y posee los elementos esenciales que hacen posible la existencia de la poesía. Sin embargo, se produce la metamorfosis de este personaje que de inocente, adánico, impulsivo, loco, se convierte en un hombre de mundo, calculador, ajustado a las exigencias de la sociedad de la época, en un rico burgués incapaz ya de conmoverse o de experimentar el éxtasis de la experiencia poética. Rosalía, valiéndose de este personaje establece un paralelo entre el destino del mismo y el destino de la poesía lírica de aquellos tiempos, lo que es decir de su propia poesía. Ella, consciente de los elementos inherentes al quehacer poético crea un personaje que los abarca todos y se sirve del discurso narrativo para presentar, desde su propia perspectiva, las características de toda verdadera poesía.

Así, la primera de las condiciones que debe darse allí, donde exista la buena poesía, es la libertad y Flavio, lo mismo que la poesía, siente la necesidad de ser libre:

Todo el espacio que ocupa la Tierra no basta a saciar mi ambición de libertad. La vida del hombre sin libertad no es vida... Flavio, pues, entraba en el mundo con el corazón dispuesto a recibir todas las sensaciones, todos los sentimientos

(1) Para un mejor entendimiento del movimiento de autonomía cultural de Galicia, en el Ochocientos español, hemos manejado la obra de José Luis Varela, *Poesía y restauración cultural de Galicia en el siglo XIX*, Madrid, Editorial Gredos, 1958.

imaginables, sin pensar siquiera que pudiera haber alguno contra el cual tuviese que combatir con armas que no conocía.

Su maestro le había dicho: "El hombre que quiere ser siempre dueño de su voluntad y de sí mismo no debe dejarse sorprender por sentimientos que le ligen a objeto alguno, porque entonces será esclavo en vez de ser libre; ... (2).

El reino de Flavio, lo mismo que el reino de la poesía no conoce límites de espacio:

Allí donde respire aire y libertad, allí donde pose con seguridad su planta, allí es el reino de un alma libre, allí su amada patria, el lugar bendecido, la tierra santa, que puede regar con el sudor de su frente. (p. 837).

El silencio es ámbito esencial del quehacer poético y según Flavio es "dios que habita las grutas y las selvas" (p. 841). Para Flavio:

... salir de su palacio en medio del profundo silencio de una noche clara y apacible, cuando los insectos dormitaban en las plegadas hojas y los pájaros se cobijaban en los nidos; lanzarse entonces en rápida carrera, cuando la tierra entera se abandonaba al reposo y a la tranquilidad más profunda, era toda la felicidad a que podía aspirar el loco viajero. (pp. 842-843).

Flavio era también un idealista, un soñador que aborrecía las bajas pasiones y así para él como para la poesía:

El espíritu de venganza que se enseñorea del corazón como una serpiente venenosa; el odio que roe el alma; la envidia, pecado inmundo que anida en el seno de los seres más débiles, devorándose a sí propio, ya no existían para Flavio. Tan solo los dulces éxtasis, la halagadora dulzura de una mirada querida resbalándose sobre su mirada, aire, luz y perfumes: he ahí las convincentes visiones que pasaban y volvían a pasar por su pensamiento... ¡Tan susceptible era aquel corazón, tan liviano..., tan poeta!... (p. 905).

El espíritu soñador de Flavio buscaba, al igual que busca la poesía, la belleza, la armonía, y el mundo "volvía a aparecersele más inmenso y más bello; la libertad, más brillante; el hombre, un ser magnífico y más digno." (p. 905).

No es de extrañar que, con estas convicciones, Flavio desconociera el lujo del siglo así como la mayor parte de las costumbres de la época, condición que le permitía contemplar con asombro el origen del mundo, libre de toda herencia, que es primicia auroral de los elementos. El tema adánico es el tema de toda verdadera poesía y Flavio al abrir por primera vez sus ojos al lujo de un salón de la época:

... como el Adán de Espronceda, quiso palparlo todo quiso tocar los objetos que más impresionaban su virgen imaginación, y en un instante, los divanes azul turquí que rodeaban la estancia; las estatuas de bronce, colocadas a cada lado de la elegante chimenea; los jarrones de porcelana, llenos de flores sil-

(2) Todas las citas de *Flavio (Ensayo de novela)* están tomadas de *Rosalía de Castro Obras Completas*, ed. Victoriano García Martí, Madrid, Aguilar, 1972.

vestres, pero olorosas y frescas aún; la misma alfombra, que ostentaba encendidas camelias, con sus verdes hojas sobre un hermoso blanco china, todo fue observado por Flavio con una curiosidad infantil; todo lo apartó de su lugar, volviendo a colocarlo a su manera, y no en verdad con la debida regularidad y simetría; a todo dio mil y mil vueltas en la mano, atrevida y temblorosa a un tiempo, como la del niño que ha cogido la sabrosa fruta reservada para su padre, y que su madre le ha advertido sería un crimen tocar siquiera (pp. 903-904).

El espíritu soñador de Flavio, al contemplar de cerca las riquezas mundanas, siente la misma tentación que sintió Adán en el jardín edénico y "cierto sentimiento de reserva que le asaltó de improviso le hizo detenerse cual si temiese haber cometido un acto vergonzoso." (p. 904).

En este momento comienza el descenso de este personaje singular. Flavio, que hasta ahora no había visto amenazada su virginidad, su inocencia, va a ir deteriorándose en su carácter, se irá transformando poco a poco, en un proceso paralelo al que experimenta la sociedad de la época y por ende la poesía, al quedar anuladas las posibilidades del tema adánico, que es el tema de toda verdadera poesía. Así, el protagonista:

Voluble y ligero en cierto modo, como todos los poetas, e impresionable hasta la exageración, Flavio, sobrecogido por tanto objeto deslumbrador, había olvidado sus dolores; el recuerdo de la mujer amada se había casi desvanecido entre aquellos ondulantes cortinajes de azul y plata, las bellezas del lujo se interpusieron un instante entre las de la mujer, y el viajero vivió en otro mundo, que no era el del amor ni el de la amistad; que no era tampoco el mundo de sus sueños, pero que era quizá tan halagador como todo esto, tan voluptuoso, tan dulce, tan necesario para la vida y para la felicidad. (p. 904).

De ahora en adelante, Flavio se irá dando más y más a los placeres mundanos, se irá adaptando más y más a las necesidades de la sociedad burguesa, no sin reconocer que allí, entre tantos perfumes, entre tanta hermosura, faltaba algo, algo que le impedía experimentar una dicha completa, en otras palabras, faltaba la poesía.

Mara, la musa, la mujer ideal, la amada, representa para Flavio a la poesía misma y éste al ceder a las tentaciones que se dan en la sociedad materialista de la época se da cuenta de que algo faltaba y se pregunta: "¿Qué era este algo? ¡Mara...! ¡Pero ya no era triste aquella imagen en su pensamiento; ya no aparecía melancólica y llorosa, como una sombra amada que se desvanece para siempre!..." (pp. 904-905).

Por su parte Mara, perdida definitivamente la esperanza de ser comprendida por Flavio, de identificarse totalmente con él reconoce que el amor a un hombre "no era más que una llama brillante que ardía en algunos momentos y se apagaba después para siempre." (p. 1002). El verdadero amor de Mara es, pues, la poesía y sería la poesía la que nunca la abandonaría. Ella era "poeta aunque nadie había llegado a comprenderlo, y como poeta, soñaba y ambicionaba placeres desconocidos." (p. 1003).

Mara escribía versos que contenían toda la armonía de su corazón virgen y ardiente y la melancolía de su alma errante y solitaria. A diferencia de Flavio, Mara

conservaba la virginidad de su alma y de su corazón y al igual que Adán todo lo que sus ojos veían su corazón amaba:

Yo, como los poetas, amo el cielo, la mar, las flores; el rayo del sol que cae sobre la nieve extendida como un blanco sudario sobre la cumbre de las montañas; la hoja seca que en el otoño se desprende del árbol y rueda quizá hasta los abismos del Océano envuelta entre los torbellinos de aire. Amo la hiedra que trepa por el muro ruinoso de los edificios abandonados; la pobre hierba que crece solitaria sobre el árido peñasco, el trébol oscuro, la triste panetoria y el alto ciprés de los cementerios y las flores amarillentas que nacen sobre las humildes tumbas que no tienen siquiera una mezquina lápida y que ellas acarician con cariñosa solicitud... El perfume de una flor, el murmullo del río, cuyas aguas pasan y pasan delante de nuestros ojos para no volver más, el canto de los pájaros y muchas veces un solo rayo de sol que hace brillar las arenas como hermosos diamantes, bastan para causar en mi alma una impresión extraña, una melancolía profunda, deseos desconocidos. ¿Comprendes tú lo que es esto? ¿Sabes lo que es poesía? ... la poesía es una cosa parecida a un bello e incesante delirio; es quizá un defecto de organización, un exceso de vida, una hermosa locura. Los poetas son hombres distintos de los demás; no sienten como todos sienten y por eso no los comprenden todos. He aquí por qué siempre oculté a miradas extrañas lo que pasaba en el fondo de mi corazón, por qué nunca dejé traslucir este defecto o esta virtud que debe provenir del Cielo. (pp. 1003-1004).

Mientras Mara se reafirma en su devoción a la poesía, Flavio, deja de creer en ella, que es lo mismo que dejar de creer en la poesía y claudica, precipitándose así la inversión total del carácter de este personaje que, de un modo abrupto, pierde su virginidad en un baile de máscaras en el que dos mujeres "Habían conseguido arrastrarle hasta el lodazal de la lascivia para despojarle de su santa pureza, creyendo que solo así podría curarse de su pasión y ser al fin un verdadero hombre"... (p. 1077).

Flavio, al perder como perdió Adán su inocencia, abandona sus ideales poéticos y se convierte en un personaje que se adapta al ambiente que le rodea y puede así funcionar en la sociedad de aquella época.

Termina la novela con la noticia de que Flavio ha regresado después de muchos años, casado con una vieja que tiene ocho millones de capital que han hecho que Flavio, sin vacilar, vendiera su libertad. Mara, por el contrario, escoge, como escogió Rosalía, el camino de la soledad, dada la imposibilidad de desarrollarse en la época conflictiva que le tocó vivir.

Rosalía, en *Flavio*, se plantea el conflicto entre las obligaciones y el impulso poético que no admite concesiones, quedando así implicada la conclusión de que la poesía ha de mantenerse al precio de la soledad, no ya romántica sino existencial.

Para terminar baste apuntar como Rosalía, sin discriminación de géneros literarios, se vale también de la poesía para expresar sus ideales poéticos y su desprecio por la gloria, por la que ha tenido que esperar un siglo. Así, es curioso el impac-

to que producen en el lector los versos finales de la primera edición de *En las orillas del Sar*, que corroboran una vez más su posición:

Glorias hay que deslumbran, cual deslumbra
El vivo resplandor de los relámpagos
Y que como él se apagan en la sombra,
Sin dejar de su luz huella ni rastro.

Yo prefiero á ese brillo de un instante,
La triste soledad donde batallo,
Y donde nunca á perturbar mi espíritu
Llega el vano rumor de los aplausos.

¡Oh gloria! deidad vana cual todas las deidades,
Que en el orgullo humano tienen altar y asiento,
Jamás te rendí culto, jamás mi frente altiva
Se inclinó de tu trono ante el dosel soberbio.

En el dintel oscuro de mi pobre morada,
No espero que detengas el breve alado pié,
Porque jamás mi alma te persiguió en sus sueños,
Ni de tu amor voluble quiso gustar la miel.

¡Cuantos te han alcanzado que no te merecían,
Y cuantos cuyo nombre debiste hacer eterno,
En brazos del olvido más triste y más profundo
Perdidos para siempre duermen el postrer sueño! (3).

(3) Véase la primera edición de *En las orillas del Sar*, Poesías de Rosalía de Castro de Murguía, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fé, 1884, pp. 158-159.